

Reflexiones sobre la amenaza terrorista y el atentado de París del 13 de noviembre de 2015 - Mis impresiones sobre lo que sucedió, sucede y, lamentablemente, sucederá.

Era de esperar. Todos nos hemos estremecido con el ataque terrorista que ha sufrido París y nos hemos solidarizado con los muertos, con los heridos y con los ilesos en el cuerpo, que no en el alma.

Pero creo que en estas circunstancias nuestra mutua obligación es llamarnos a la tranquilidad, a la solidaridad y a la colaboración con las fuerzas del orden.

Sabiendo que lo intentarán de nuevo allí y en otros lugares, también España está amenazada por los sin razón, debemos de evitar caer en el desánimo o en la ira desenfadada. Como era de suponer, estoy escuchando comentarios incendiarios contra “los musulmanes”, cuando la lucha no es esa. Luchemos, sí, pero contra los terroristas.

Es cierto que una de sus manifestaciones más agresivas y, sobre todo, más potentes para hacer el mal, son los grupos de musulmanes radicales que matan “por su dios” a infieles, y también a musulmanes moderados o de otras ramas del Islam, pero ni generalicemos ni simplifiquemos el problema: En Europa tenemos millones de musulmanes, no todos árabes, totalmente adaptados a nuestra forma de vida, que nos respetan y que agradecen nuestra acogida. Sus mujeres llevan o no llevan velo, pero trabajan en nuestras empresas o en nuestros hogares sin más problemas que el sometimiento a sus reglas, como los rezos diarios en casa o en las mezquitas, o los ayunos del Ramadán, por ejemplo.

También los hay que se resisten y, respetando la ley o apurándola hasta sus extremos, tratan de imponer sin violencia sus costumbres. Mantienen el velo, incluso el burka, se quejan de que hayan crucifijos presidiendo algunas aulas (como también lo hacen los anticlericales o los ateos “militantes”, dicho sea de paso) y tratan de que sus hijas no hagan gimnasia en los colegios por los atuendos deportivos, o que sus mujeres se puedan bañar en las piscinas públicas completamente vestidas. También hay muchos, pero son menos que los del primer grupo.

Y luego están los otros, a los que me resisto a llamarles musulmanes sin adjetivar: Son musulmanes radicales, a los que, en mi opinión, podemos mantener el genérico de musulmanes, pero enfatizando la palabra terroristas, porque matan, aunque pretexten mandatos divinos.

Ellos no matan porque sean religiosos, porque ninguna religión puede justificar el asesinato, sino porque son fanáticos totalitarios con los mismos esquemas mentales que tenía los asesinos de ETA, o los integrantes del Ejército Rojo alemán, la banda Baader-Meinhof, aunque cada uno de ellos apelara a diferentes razones: la religión, el radicalismo nacionalista, el anarco-comunismo, o vaya Ud. a saber.

Aclaremos las cosas o seguiremos alimentando más y más rencores y xenofobias: El que mataba a un sacerdote o a uno de la Ceda en una cuneta durante nuestra guerra civil no lo hacía porque fuera anarquista, comunista o socialistas. No lo hacía porque fuera “de izquierdas”. Lo hacía porque era un asesino terrorista, tanto si obedecía órdenes de alguien con su mismo perfil o por propia iniciativa. Como tampoco se puede disfrazar de “gente de derechas” a los que hacían lo mismo en el otro bando.

Porque habían millones de genta de izquierda y de derechas que nunca desearon ningún mal a los de otras ideologías, razas, clases y religiones. Solo querían que perdieran las elecciones.

Y la maldita “obediencia debida” que ha justificado tantas cosas, ni siquiera proporciona una mínima justificación a la barbarie de Parías. Son locos asesinos que matan indiscriminadamente a cualquiera que se cruce en su camino sin más justificación que su razón absoluta. Asesinos porque matan, locos porque incluso se matan ellos mismos.

¿Y que debemos hacer?. Calmarnos y ayudar a las fuerzas de orden público que, sin duda, están haciendo una excelente labor y que, probablemente, nos han evitado alguna tragedia de similares características. Por cierto: fuerzas de orden público en las que también figuran miembros de diferentes religiones, incluida la musulmana.

¿Cómo hacerlo?. Siguiendo las instrucciones de las autoridades, observando lo que nos rodea y denunciando situaciones anómalas: ese joven que, de momento, cambia de aspecto o de costumbres, esos twitter incendiarios, esa página web que incita a la violencia, ese contacto de Facebook que imparte consignas agresivas. No soy muy partidario de twitter porque hay mucha basura, pero recomiendo a los internautas que estos días sigan @guardiacivil y @policia. Siempre dan buenos consejos, pero en los tiempos que corren pueden ser de gran utilidad.

Y otra cosa: fomentemos las buenas relaciones con los musulmanes, los budistas, los judíos y, en definitiva, con todos los seres humanos. Es cierto que el mundo musulmán en general podría hacer más de lo que hace, pero me da la impresión de que la mayoría de sus miembros son muy vulnerables ante sus propias minorías, como en su día lo fue la sociedad vasca frente al mundo de ETA. Muchos conocían a los integrantes de la banda y sabían donde estaban, pero claro, “tenían una familia a la que proteger”

Cosa muy diferentes es la actitud de muchas naciones árabes, algunas muy poderosas, que apenas intervienen contra los que también son sus enemigos, los terroristas musulmanes. Pero eso escapa de mi competencia tanto como de mi comprensión. Es una tarea que corresponde a los líderes del mundo occidental, y deben hacerla cuanto antes.

Lo que es evidente e irreversible es que la tecnología y las comunicaciones están potenciando de forma exponencial a los extremismos. Los móviles e internet les facilitan las comunicaciones de adoctrinamiento y las operativas. Internet también les sirve para obtener información de objetivos, y las televisiones en particular y los medios audiovisuales en general, actúan como caja de resonancia que magnifica sus “hazañas”.

Y este es un punto muy importante porque en la mayoría de los casos no tienen más justificación que la maldita audiencia. Algunas cadenas serían felices si llevaran a sus platós o a sus tertulias a terroristas en activo por “el sagrado deber de la información”, y con el pretexto de que quizás los puedan convencer, dándoles la ocasión de practicar el proselitismo más descarado. Creo que, en los casos de terrorismo y delincuencia en general, los periodistas pueden y deben dar información de los hechos tratando de potenciar los aspectos que favorezcan a la ciudadanía, y omitiendo aquello que pueda beneficiar a los delincuentes:

comentarios como “lo han localizado gracias al teléfono móvil, aunque lo tenía apagado”, por ejemplo

Seguro que los buenos, nuestras fuerzas de orden y los servicios de inteligencia, están muy actualizados, pero, afortunadamente para nuestros derechos, tiene trabas legales que no tienen los malos y que, en este caso, juegan en nuestra contra.

Y, por supuesto, está la educación, la convivencia, la sociedad de bienestar, la solidaridad y la cultura. Los reclutadores tienen muchas probabilidades de convencer a un joven, o a una joven, marginados por su raza o sus costumbres, sin trabajo y con problemas familiares, de que lo suyo no tiene arreglo y que lo mejor que pueden hacer por sus hermanos y por un mundo mejor es dinamitar a esta sociedad injusta, de infieles, que solo piensa en su propio beneficio y en explotar a “los otros”. Y posiblemente puedan apoyarse en alguna sura que justifique la violencia, como ocurre con algunos pasajes de la Biblia, obviando los muchos textos que en ambas religiones hablan de paz, amor, y concordia.

Y, una vez conseguido el fanático, solo falta un pequeño empujón para convertirlo en terrorista convenciéndole que el fin justifica los medios: por un dios, una patria, o “un mundo mejor”.

Tenemos que aceptar la situación y adaptarnos a ella. Yo he viajado a Gran Bretaña en los años más duros del IRA y doy fe de que los británicos fueron un verdadero ejemplo a seguir en aquel mundo de autobuses y escaleras de metro tapizado con carteles de “caution” sobre esto y “caution” sobre aquello. Hacían vida normal guardando, esos sí, muchas precauciones, atendían fielmente las instrucciones de las autoridades y se enfrentaron con serenidad a una situación que les era habitual.

Transcribo una noticia de El País del 20 de julio de 1982: *“El IRA Provisional (Ejército Republicano Irlandés) lanzó ayer una sangrienta campaña de bombas en Londres dirigida contra personal militar británico. Dos explosiones separadas -una en Hyde Park y otra en el quiosco de música de Regents Park- se cobraron al menos nueve muertos, todos ellos soldados, y más de medio centenar de heridos, que tuvieron que ser hospitalizados.”*

Mi mujer, mi hija y yo estábamos ese día y a esa hora en el zoo, en el mismo Regents’s Park, y mi hijo estaba muy próximo a Hyde Park. Al escuchar el estallido los empleados del zoo nos indicaron que saliéramos por una de las puertas, la opuesta a la explosión, hacía una calle a la que empezaron a acudir taxis. Nosotros tomamos uno, y cuando le pregunté al taxista que es lo que ocurría, me contestó con tranquilidad un escueto “a bomb”. Observé que un helicóptero rojo se había detenido en la vertical del parque, y que calles de dos direcciones se convirtieron rápidamente a una sola, de salida, para evacuar a los que estábamos allí, mientras que otras se dejaban completamente libres, de entrada, para uso de policía, bomberos y ambulancias.

No hace falta decir que Londres no es precisamente una ciudad por la que sea fácil transitar. Ni el más mínimo signo de histeria, y apenas diez minutos de sobresalto, porque de inmediato actuó la rutina de una lección repetida y practicada en familias, escuelas y círculos sociales.

Me temo que nos quedan unos años de amenaza terrorista. Ojala aprendamos a comportarnos como lo hicieron los británicos y sus autoridades.

José Luis Martínez Ángel

En Valencia, el 14 de noviembre de 2015.